

GRANDES DÍAS EN LA HISTORIA

EL DESARROLLO DEL
PLAN DE REDENCIÓN

ANDY SOCHOR

TRADUCIDO POR
JOSUÉ I. HERNÁNDEZ

GRANDES DÍAS EN LA HISTORIA

El Desarrollo del Plan de Redención

Por Andy Sochor
Traducido por Josué I. Hernández

Tabla de contenidos

| | |
|--------------------------------------|----|
| Introducción | 4 |
| 1 El Día de la Creación | 6 |
| 2 El Día del Nacimiento de Jesús | 15 |
| 3 El Día de la Crucifixión de Jesús | 27 |
| 4 El Día de la Resurrección de Jesús | 37 |
| 5 El Día de Pentecostés | 46 |
| 6 El Día del Juicio | 58 |
| 7 El Día de la Eternidad | 68 |
| 8 Hoy | 77 |

GRANDES DÍAS EN LA HISTORIA

INTRODUCCIÓN

Al mirar a través de la historia, es fácil observar que el nivel de libertad que hemos disfrutado en los Estados Unidos desde su fundación como nación, ciertamente no es típico. Con nuestra experiencia de vida en condiciones tan benditas nos resulta muy difícil comprender cómo sería la vida en una sociedad en la que la gente no disfruta de libertad, especialmente cuando nos damos cuenta de que la humanidad, en su mayoría, no ha experimentado las libertades que tenemos como ciudadanos estadounidenses. El hecho de que exista una sociedad libre como la nuestra, y que haya perdurado como lo ha hecho, es realmente notable.

Podríamos preguntarnos qué tuvo que suceder para que los principios de la libertad se arraigaran y florecieran en Occidente en general, y en los Estados Unidos en particular. En el libro, *7 puntos de inflexión que salvaron el mundo*,¹ Los autores Chris Stewart y Ted Stewart destacaron siete eventos en la historia de la humanidad que fueron críticos para el nacimiento y desarrollo de una sociedad libre. Si los resultados de cualquiera de estos eventos hubieran sido diferentes, es posible que nuestra generación nunca hubiera experimentado las libertades que ahora disfrutamos.

A lo largo de la historia, hubo acontecimientos cruciales que han alterado dramáticamente el futuro de individuos, tribus, naciones y civilizaciones. El presente ha sido moldeado por el pasado, con ciertos acontecimientos que son especialmente monumentales.

¹ Chris Stewart y Ted Stewart, *El milagro de la libertad: 7 puntos de inflexión que salvaron el mundo* (Shadow Mountain, 2011).

Si bien podemos apreciar el gran beneficio de la libertad y la ventaja de vivir en una sociedad libre, hay algo que es infinitamente más importante: la redención eterna y la salvación del pecado. Así como la bendición de la libertad fue posible para nosotros por varios eventos clave a lo largo de la historia, el regalo de la salvación fue realizado por varios eventos clave mediante los cuales Dios llevó a cabo su plan de redención.

En esta serie de lecciones, vamos a examinar estos *Grandes días en la historia* – no en la historia de interés secular, sino en días de importancia espiritual – y así, lograr apreciar y aprovechar el plan eterno de Dios para llevarnos a casa con él, en el cielo, por la eternidad.

GRANDES DÍAS EN LA HISTORIA

1

EL DÍA DE LA CREACIÓN

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”
(Génesis 1:1).

*“Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra
cuando fueron creados, el día que Jehová Dios hizo la
tierra y los cielos”* (Génesis 2:4).

En esta primera lección, vamos a remontarnos hasta el principio, al génesis, hasta el *día de la creación*. ¿Qué pasó aquel día? ¿Qué lecciones debemos aprender de este evento?

Antecedentes

Dios es eterno – Si comenzamos con la creación del mundo, ¿cómo podemos retroceder más allá de eso? Cuando se trata de la historia de este mundo, no hay nada más atrás, este fue el punto de partida. Sin embargo, si bien este fue el comienzo de la *creación*, no fue el comienzo del *Creador*. Dios existe antes de la creación del universo.

“Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios”
(Salmo 90:2).

“Firme es tu trono desde entonces; tú eres eternamente”
(Salmo 93:2).

Cuando Jesús oró al Padre, dijo: *“Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”* (Juan 17:5). Luego, en la misma oración, dijo: *“me has amado desde antes de la fundación del mundo”* (Juan 17:24). Si bien la creación tuvo un principio definido, Dios mismo no tiene principio. Cuando Dios apareció a Moisés en la zarza ardiente, le dijo: *“YO SOY EL QUE SOY... Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros”* (Éxodo 3:14). Dios se identificó a sí mismo como *“YO SOY”*, esto significa que él simplemente existe; siempre ha sido y siempre será.

Dios tenía un plan La creación del universo no fue una decisión o esfuerzo improvisados. Dios determinó tener un pueblo para él, y esta determinación fue hecha *antes que él comenzara a crear los cielos y la tierra*. Pablo escribió: *“según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él”* (Efesios 1:4).

De hecho, Dios sabía que tener a su propio pueblo especial requeriría que Jesucristo muriese en la cruz. Jesús fue descrito como el *“Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo”* (Apocalipsis 13:8). Somos integrantes del pueblo de Dios después de haber sido redimidos por la sangre de Cristo (Efesios 1:7), sin embargo, el plan de redención ya existía en la mente de Dios antes de la fundación del mundo.

Un punto para recordar – Tenga en cuenta que el *“día”* de la creación incluye toda la semana de la creación. Mientras que el texto de Génesis 1 indica que los días fueron literalmente, seis días consecutivos, de 24 horas, el término se usó de manera diferente en el

siguiente capítulo: “*Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron creados, el día que Jehová Dios hizo la tierra y los cielos*” (Génesis 2:4). En este versículo, el “*día*” de la creación incluye los seis días de la semana de la creación en los que Dios hizo el universo. Así que no solo estamos viendo el “*día 1*” de la creación, estamos considerando todo lo que Dios hizo al crear “*los cielos y la tierra*” (Génesis 1:1).

Los acontecimientos de ese día

Dios habló para que el universo existiera – Uno de los hechos notables sobre la creación es que todo lo que llegó a existir fue creado cuando “*dijo Dios*” (Génesis 1:3, 6, 9, 11, 14, 20, 24, 26). El salmista enfatizó esto:

“*Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca. Él junta como montón las aguas del mar; él pone en depósitos los abismos. Tema a Jehová toda la tierra; teman delante de él todos los habitantes del mundo. Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió*” (Salmo 33:6-9).

Cuando Juan comenzó su registro del evangelio, comenzó al igual que el autor de Génesis: “*En el principio*” (Juan 1:1; Génesis 1:1). Juan comenzó presentando a Jesús como la Palabra o Verbo: “*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho*” (Juan 1:1-3). A Jesús se le atribuye la creación de todas las cosas. Pablo escribió: “*Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él*” (Colosenses 1:16). Aquél que creó todas las cosas, que pronunció órdenes para que todas las cosas existieran, es “*aquel Verbo*” el cual

“*fue hecho carne*” (Juan 1:14). Cuando las Escrituras hablan de la creación, se pone énfasis en el poder de la palabra de Dios.

Dios creó el mundo de una manera ordenada – El primer capítulo del Génesis explica lo que Dios creó en cada uno de los seis días de la creación. Sin embargo, no aprendemos solamente que Dios hacía algo diferente cada día; hay un patrón en los seis días.

- La creación de *la luz* en el **primer día** (Génesis 1:3-5) corresponde a la creación de las *lumbreras* en el **cuarto día** (Génesis 1:14-19).
- La creación del *mar y el cielo* en el **segundo día** (Génesis 1:6-8) corresponde a la creación de la *vida marina y las aves* en el **quinto día** (Génesis 1:20-23).
- La creación de la *tierra seca y la vegetación* en el **tercer día** (Génesis 1:9-13) corresponde a la creación de *los animales y el hombre* en el **sexto día** (Génesis 1:24-27).

Dios pudo haber creado todo instantáneamente, sin embargo, creó el mundo en etapas. Al hacer esto, se mostró a sí mismo como un Dios de orden y patrones. Esta es la razón por la cual, aún hoy, Dios espera que su pueblo haga todo “*decentemente y con orden*” (1 Corintios 14:40) y mantenga “*la forma de las sanas palabras*” que se encuentra en su revelación escrita (2 Timoteo 1:13).

Dios terminó su creación – Después de los seis días en los cuales Dios creó los cielos y la tierra – que comprende el “*día*” de la creación (Génesis 2:4) – la obra de Dios fue concluida (Génesis 2:1). El trabajo y posterior reposo, proporcionó la base para la ley del sábado (Éxodo 20:8-11), ley que sería dada a Israel en el Sinaí: “*Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación*” (Génesis 2:2,3). Dios pudo descansar de su obra porque la creación fue completada.

Esto es significativo porque nos muestra que la obra de la creación de Dios ya no está en curso. Dios no está creando nuevas especies, ni creando nuevas características en la tierra, ni formando nuevos hombres y mujeres de la manera en que lo hizo con Adán y Eva. Al ser completada su obra de creación el resultado fue “*bueno en gran manera*” (Génesis 1:31). Dios no necesitaría continuar creando (Gen. 2:2).

Lecciones clave

El poder de Dios – El salmista indicó que la creación física sirve como testimonio, o sermón, de la existencia y el poder de Dios: “*Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos*” (Salmos 19:1). Pablo hizo un punto similar en su carta a los Romanos:

“*Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa*” (Romanos 1:20).

A pesar de todo el conocimiento, la sabiduría y los avances tecnológicos del hombre, nadie está creando nuevos universos. Nadie puede acercarse a igualar el “*eterno poder y deidad*” que de Dios se exhibe desde la creación del mundo. Además, nada de esto se hizo por accidente. Dios tenía un plan, y lo ejecutó a la perfección. La creación siguió un orden particular; y cuando Dios terminó, todo “era bueno en gran manera” (Génesis 1:31).

La providencia de Dios – El hecho de que la obra creativa de Dios fue concluida de forma exitosa, conforme a un propósito, destaca su *providencia*, es decir, su *previsión*. Después de discutir el papel de Jesús en la creación (Colosenses 1:16), Pablo escribió: “*Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten*” (Colosenses 1:17). La palabra griega traducida “*subsisten*” o “*permanecen*” (LBLA)

es la misma palabra que se traduce “*proviene*” y “*subsiste*” en 2 Pedro 3:5 (RV1960). “*Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste*”. La idea es que Dios “originó” el mundo de manera perfecta, y debido a esto todo se mantiene funcionando como debe ser.

En esta creación perfecta, la providencia de Dios continúa. El salmista señaló lo siguiente: “*De generación en generación dura tu fidelidad: tú estableciste la tierra, y ella subsiste aún. Por tu ordenación tus obras persisten hasta el día de hoy; porque todo lo que existe son siervos tuyos*” (Salmos 119:90,91, VM). Porque la palabra de Dios “*está firme en los cielos*” (Salmo 119:89, LBLA) y esta palabra, su palabra, fue usada por Dios para traer a la existencia el mundo que nos rodea (Salmo 33:6-9), y hasta hoy su fidelidad permanece exhibiéndose para que todos la contemplen. A esto se refería Pablo cuando dijo a los residentes de Listra que Dios “*no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones*” (Hechos 14:17). La providencia de Dios, exhibida en las regularidades conforme a una regulación, es un elocuente testimonio de su existencia y cuidado por la humanidad.

Después del diluvio, Dios le hizo a Noé esta promesa: “*Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche*” (Génesis 8:22). Hasta el día de hoy, la promesa de Dios se sigue cumpliendo. Incluso, los burladores mencionados por Pedro podían reconocer esto, aunque no apreciaran su significado e importancia: “*¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación*” (2 Pedro 3:4). Estos burladores señalaban el hecho de que “*todas las cosas permanecen así*” como una razón para dudar de la promesa del regreso de Jesucristo. En otras palabras, vieron la providencia continua de Dios, pero no entendieron el punto. Dios está cumpliendo su promesa de que la tierra continuará sujeta a estaciones y ciclos regulares; por lo tanto, podemos estar seguros de

que Dios cumplirá su promesa del regreso de Jesucristo. Entonces, “*todo continúa tal como estaba desde el principio de la creación*” (2 Pedro 3:4, LBLA) porque así determinó Dios que funcionaría este mundo, y seguirá funcionando de esta manera “*Mientras la tierra permanezca*” (Génesis 8:22).

La imagen de Dios – El hombre fue hecho a la imagen y semejanza de Dios: “*Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó*” (Génesis 1:26,27). El hecho de que hayamos sido creados a imagen de Dios significa que somos más que cuerpo, tenemos una naturaleza espiritual. Considere lo que escribió el sabio:

“*Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad. Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo. ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y que el espíritu del animal desciende abajo a la tierra?*” (Eclesiastés 3:19-21).

El sabio se enfocó en lo que percibía “*bajo el sol*” (Eclesiastés 1:9; 2:17; 3:16; *y sig.*), y debido a esto describió la similitud entre los hombres y los animales: Desde un punto de vista físico ambos viven y mueren, y sus cuerpos regresan a la tierra. Sin embargo, hay una diferencia significativa entre ellos: en la muerte, el espíritu del hombre (que alienta al cuerpo) “*sube arriba*” mientras que el espíritu del animal “*desciende abajo a la tierra*”. Desde una perspectiva materialista, no hay diferencia perceptible entre la muerte de los hombres y la muerte de los animales; sin embargo, después de la muerte hay una diferencia. En el caso del ser humano, creado

conforme a la imagen de Dios (Génesis 1:26,27), el espíritu humano regresa “*a Dios que lo dio*” (Eclesiastés 12:7).

Esta cualidad hace que el hombre sea único. No somos animales altamente evolucionados como cree el naturalista; ocupamos un lugar especial en la creación de Dios. David escribió: “*Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra*” (Salmos 8:3-5). Debido a que somos imagen y semejanza de Dios, él cuida de nosotros de una manera que sobrepasa su atención por la creación que nos circunda. El cuidado de Dios por nosotros se extiende más allá de las fronteras de esta vida terrenal, hasta la eternidad.

Conclusión

Dios creó este mundo y todas las cosas buenas que se disfrutan en él. Esto exhibe su eterno poder y su cuidado por nosotros. Sin embargo, este mundo y nuestras vidas en él son solo temporales. Así que Dios hizo un plan para que pudiéramos estar con él eternamente. Para aprovechar esto, debemos asegurarnos de cumplir con el propósito por el cual fuimos creados.

“*El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala*” (Eclesiastés 12:13,14).

Tal como el universo persiste en *servir a Dios* (Salmo 119:91), debemos persistir en obedecer sus mandamientos.

Preguntas para el debate y la reflexión

1. ¿Cómo sabemos que Dios tenía un plan para salvarnos antes de crear el mundo?
2. ¿Está en curso la obra creativa de Dios?
3. ¿Qué nos dice el mundo físico acerca de Dios?
4. ¿Qué indica la providencia de Dios sobre su actitud hacia la humanidad?
5. ¿Cómo hizo Dios al hombre a diferencia del resto de las criaturas vivientes?

GRANDES DÍAS EN LA HISTORIA

2

EL DÍA DEL NACIMIENTO DE JESÚS

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3:15).

“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gálatas 4:4).

Después de considerar el *día de la creación*, ahora nos moveremos al *día del nacimiento de Jesús*. Esto puede parecer un gran salto desde el primer día; sin embargo, no estamos excluyendo la historia en el Antiguo Testamento. Por el contrario, el Antiguo Testamento es el fundamento de esta lección.

Antecedentes

La caída – Ocurrió cuando el pecado fue introducido en el mundo. Dios le había dado a Adán instrucciones claras sobre lo que estaba prohibido: *“Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo*

árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:16,17). Eva sabía de la prohibición, ya que pudo exponerla a la serpiente cuando ésta la interrogó sobre el mandamiento de Dios: “*Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis*” (Génesis 3:2,3). Satanás la tentó tergiversando las palabras de Dios, prometiéndole un beneficio por violar la ley de Dios y afirmando que el castigo no era algo por lo cual temer.

“Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales” (Génesis 3:4-7).

Como resultado de esto, el mundo perfecto en el que vivieron Adán y Eva fue estropeado por el pecado. Observe los cambios que se produjeron debido a este evento:

- Inmediatamente después de completar el sexto día de la creación, Dios declaró que “*todo lo que había hecho... era bueno en gran manera*” (Génesis 1:31). Después de que el pecado entró en el mundo, la tierra fue “*maldita*” (Génesis 3:17).
- Antes de la caída, Adán y Eva disfrutaban de comunión con Dios. Hubo momentos en que “*Dios... se paseaba en el huerto, al aire del día*” (Génesis 3:8), lo que resultaba ser una visita bienvenida. Después de la caída, fueron separados

de Dios cuando él echó “*fueras al hombre*” y le impidió regresar al Edén. (Génesis 3:24).

- Antes de su pecado, Adán y Eva tenían acceso al árbol de la vida. En el huerto pudieron extender su mano, y tomar del árbol de la vida, y así, vivir para siempre (Génesis 3:22; cf. 2:9). Debido a que pecaron, morirían. Dios le había advertido previamente a Adán de esto: “*mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieras, ciertamente morirás*” (Génesis 2:17). Despues de pecar, Dios le recordó a Adán que este sería su destino: “*Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás*” (Génesis 3:19).

En respuesta a estos cambios que se produjeron a causa del pecado, Dios profetizó la venida de Cristo. Hablando a la serpiente, le dijo: “*Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar*” (Génesis 3:15). Desde el principio, *el día del nacimiento de Jesús* fue parte del plan de Dios.

La promesa a Abraham – El cumplimiento de la profecía concerniente a la simiente de la mujer fue dado como una promesa a Abraham: “*En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz*” (Génesis 22:18). Todas las naciones, siendo bendecidas por medio de su descendencia, esperaban a Cristo. Esto fue dejado claro tanto por Pedro como por Pablo (Hechos 3:24-26; Gálatas 3:16). La ley de Moisés fue dada como “*nuestro ayo, para llevarnos a Cristo*” (Gálatas 3:24). Todo el Antiguo Testamento fue dado en anticipación de la llegada del Mesías que salvaría al hombre del pecado.

Sin embargo, la promesa hecha a Abraham involucraba otros elementos además de la bendición para el mundo por medio de su descendencia (Génesis 22:18). El Señor también le dijo: “*reyes saldrán*

de ti" (Génesis 17:6). A David se le dio una promesa con respecto a sus descendientes que contenía la profecía del reinado de Cristo: "Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino" (2 Samuel 7:12-13). Esta es la razón por la que muchas profecías del Antiguo Testamento, algunas de las cuales se han incluido en esta lección, describían al Mesías como un rey que descendería de David. Todo esto estaba relacionado con la promesa de Dios a Abraham.

Pablo escribió: "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos" (Gálatas 4:4,5). Jesús nacería para cumplir la profecía hecha en el Edén, en el principio, y para cumplir la promesa hecha a Abraham, "En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra" (Génesis 22:18).

Preservar un remanente – El Antiguo Testamento es una historia de los tratos de Dios con los descendientes de Abraham, particularmente a través de Isaac y Jacob, que conducen al cumplimiento de la promesa. El pueblo a menudo era castigado por su desobediencia, pero nunca era destruido por completo. Fíjese en la profecía de Jeremías:

"Y yo mismo recogeré el remanente de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché, y las haré volver a sus moradas; y crecerán y se multiplicarán. Y pondré sobre ellas pastores que las apacienten; y no temerán más, ni se amedrentarán, ni serán menoscabadas, dice Jehová. He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: Jehová, justicia nuestra" (Jeremías 23:3-6).

Si bien hay muchos eventos notables que se han registrado en el Antiguo Testamento que nos proporcionan lecciones valiosas (cf. Romanos 15:4; 1 Corintios 10:6,11), este es el punto que debemos enfatizar para nuestro estudio. A medida que se desarrollaban todos los acontecimientos relacionados con el pueblo judío, a pesar de su desobediencia, se preservó un remanente para que se pudiera cumplir la promesa de enviar a Cristo. Esto haría que la salvación del pecado estuviera disponible para el pueblo de Judá e Israel (Jeremías 23:6), así como para todas las naciones (Isaías 2:2-4; 62:1,2).

Los acontecimientos de ese día

Jesús nació en circunstancias humildes – Cuando Jesús nació, María “*lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón*” (Lucas 2:7). Sabemos que la familia en la que nació era pobre porque ofrecieron “Un par de tórtolas, o dos palominos” (Lucas 2:24) – una provisión para aquellos que no podían pagar por un cordero (Levítico 12:8). Jesús nació en Belén (Lucas 2:4), una ciudad muy “*pequeña*” para ser considerada significativa (Miqueas 5:2). Fue criado en Nazaret (Mateo 2:23; Lucas 2:39-40), una aldea generalmente despreciada (Juan 1:46).

Si Jesús hubiese dejado las riquezas del cielo por las riquezas de la tierra, sería un sacrificio significativo, ya que los tesoros celestiales son mucho más valiosos que cualquier tesoro terrenal (Mateo 6:19-21; cf. 16:26). Sin embargo, Jesús hizo más que esto. Mientras estuvo en la tierra, no tenía siquiera un lugar donde recostar su cabeza (Lucas 9:58). Pablo escribió: “*Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos*” (2 Corintios 8:9). Incluso antes de considerar su crucifixión, podemos ver la disposición de Jesús a sacrificarse por nosotros, en el hecho de que él se humilló naciendo en este mundo.

Profecías acerca de Jesús – Hubo varias profecías antes y después del nacimiento de Cristo que anunciaron la importancia de este evento.

- A María: “*Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin*- A José: “*Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros*- A los pastores: “*Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño. Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor. Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor. Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre*- A los que estaban en el templo (Simeón y Ana): “*Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la*

consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel" (Lucas 2:25-32; cf. Is 9:1,2). "Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad, y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. Esta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén" (Lucas 2:36-38).

A través de estas profecías, Dios estaba indicando que Jesús era el cumplimiento de la profecía en el huerto, la realización de la promesa a Abraham, y la razón por la cual la nación había sido preservada a través de las generaciones.

Jesús fue adorado – Los sabios del oriente llegaron a adorar a Jesús luego de su nacimiento: “*Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle*” (Mateo 2:1,2). Cuando lo vieron, “*postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra*” (Mateo 2:11).

Lecciones clave

La promesa de Dios – Como notamos en la lección anterior, el plan de enviar a Jesús es anterior a la creación (Apocalipsis 13:8). Sin embargo, la promesa fue dada por primera vez en el jardín del Edén (Génesis 3:15). La promesa también fue dada a Abraham (Génesis 22:18), siglos antes del nacimiento de Jesús. Hay otras profecías contenidas en el Antiguo Testamento relacionadas con el nacimiento de Jesús, por ejemplo:

“Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Isaías 7:14).

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto” (Isaías 9:6,7).

“Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Miqueas 5:2).

Estos pasajes exhiben no solo que Jesús nacería, sino que sería único. Su llegada al mundo sería milagrosa; sería diferente de todos los habían nacido, y la obra de su vida no se vería limitada, ni detenida, por la muerte.

Cuando Dios hace una promesa, la cumple. Pablo dijo a los santos en Roma: *“Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la*

consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15:4). Cuando estudiamos el Antiguo Testamento, podemos sentirnos alentados por el hecho de que Dios cumple lo que promete. El escritor a los hebreos citó la promesa y el juramento de Dios a Abraham como “*dos cosas inmutables*” que garantizan lo prometido, proporcionándonos “*un fortísimo consuelo*” (Hebreos 6:17,18).

Cuando vemos el nacimiento de Jesús (además de todos los otros compromisos que Dios cumplió) podemos contemplar la fidelidad de Dios, que él siempre cumple sus promesas. Por lo tanto, podemos confiar en Dios.

El amor de Dios – El amor de Dios lo motivó a enviar a Jesús al mundo: “*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*” (Juan 3:16). El pecado arruinó la relación del hombre con Dios (Génesis 3:8,23,24). Tristemente, el hombre ha continuado pecando. “*por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios*” (Romanos 3:23). Adán introdujo el pecado en el mundo al violar la ley de Dios, entonces “*todos pecaron*” siguiendo su ejemplo (Romanos 5:12).

En lugar de rechazarnos para siempre, Dios quiere salvarnos (Juan 3:16). Pedro dijo: “*El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento*” (2 Pedro 3:9). El perdón de los pecados está disponible a través de la sangre que Jesús derramó en la cruz (Efesios 1:7). Enviar a Jesús a morir por nosotros demuestra el gran amor que Dios tiene por nosotros: “*Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros*” (Romanos 5:8).

La humanidad de Jesús – Cuando Jesús vino a la tierra, participó “*de carne y sangre*” y lo hizo “*para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo*” (Hebreos 2:14), “*tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres*” para poder

morir en la cruz (Filipenses 2:5-8). Sin embargo, mientras estuvo en la tierra, él seguía siendo Dios en la carne. Pablo explicó: “*Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad*” (Colosenses 2:9; cf. Mateo 1:23).

Cuando Jesús estuvo en la carne, entre nosotros, los mortales, nos dejó un ejemplo perfecto. Pedro escribió: “*y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios. Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro*” (1 Pedro 2:21,22). Al pasar por esto, demostró que puede simpatizar con nosotros. Fíjese en lo que el escritor hebreo dijo acerca de esto:

“*Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados*” (Hebreos 2:17,18).

“*Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado*” (Hebreos 4:15).

Siendo nuestro creador (Juan 1:3), Jesús *no vino a la tierra en una posición de inexperiencia o ignorancia*, necesitando experimentar cómo es que el ser humano vive las pruebas y tentaciones de la vida. Como el creador omnisciente, Jesucristo ya sabía lo que soportamos y cómo nuestra mente responde a tales cosas.

Jesús vino a exhibir su entendimiento de todo esto para demostrarnos que él puede simpatizar con nosotros y que vale la pena todo esfuerzo para vencer el pecado y agradar a Dios. Al ver su ejemplo, debemos responder siguiéndolo.

Conclusión

El plan de Dios desde antes de la creación era enviar a Jesús a este mundo (Efesios 1:4; Apocalipsis 13:8). A pesar de nuestro pecado, Dios nos amó y quiso salvarnos; pero esto requería que Su Hijo viniera a la tierra y muriera en la cruz. La llegada de Jesús demostró que Dios nos ama y está dispuesto a redimirnos.

Preguntas para el debate y la reflexión

1. ¿Debido a cuál acontecimiento Dios prometió, por primera vez, la venida de Cristo?
2. ¿Cómo es que Jesús cumple la promesa que Dios le hizo a Abraham?
3. ¿Qué profecías se hicieron poco antes, y después, del nacimiento de Jesús?
4. ¿Qué característica de Dios lo impulsó a enviar a Jesús a este mundo?

5. Según el escritor a los hebreos, ¿por qué tenía que venir Jesús en carne?

GRANDES DÍAS EN LA HISTORIA

3

EL DÍA DE LA CRUCIFIXIÓN DE JESÚS

“Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado. Entonces los soldados le llevaron dentro del atrio, esto es, al pretorio, y convocaron a toda la compañía. Y le vistieron de púrpura, y poniéndole una corona tejida de espinas, comenzaron luego a saludarle: ¡Salve, Rey de los judíos! Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias. Después de haberle escarnecido, le desnudaron la púrpura, y le pusieron sus propios vestidos, y le sacaron para crucificarle... Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes sobre ellos para ver qué se llevaría cada uno” (Marcos 15:15-24).

Después de nacer en este mundo y vivir una vida relativamente corta, Jesús murió. Sin embargo, más que cualquier otra persona, su muerte fue significativa. *El día de la crucifixión de Jesús* fue el día en

que él murió por nuestros pecados. Como ya hemos visto, esto era parte del eterno plan de Dios (Apocalipsis 13:8).

Antecedentes

Jesús vivió una vida perfecta – En la lección anterior, destacamos la humanidad de Jesús, el hecho de que él vino a la tierra y “*participó*” de “*carne y sangre*” y fue hecho “*semejante a sus hermanos*” (Hebreos 2:14,17). Sin embargo, había una diferencia significativa entre la vida de Jesús y la vida de los demás. Pablo describió el problema universal del pecado: “*por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios*” (Romanos 3:23). En contraste, Jesús fue “*apartado de los pecadores*” (Hebreos 7:26) porque él fue perfectamente libre de pecado.

“*Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca*” (1 Pedro 2:21,22).

La vida de Jesús es un ejemplo que seguir. Pero más que eso, el hecho de que Jesús no tuviera pecado significaba que su crucifixión era totalmente inmerecida. En la profecía de Isaías sobre el sufrimiento de Cristo, él dijo: “*Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca*” (Isaías 53:9). Cuando Pilato examinó a Jesús, reconoció su inocencia, “*Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él*” (Juan 19:4); pero cedió a la presión de los judíos y permitió que Jesús fuera condenado.

Jesús fue rechazado por su pueblo – De nuevo, esto fue profetizado por Isaías: “*Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos*” (Isaías 53:3). Cuando Pilato presentó a Jesús ante los judíos como su “*Rey*” la gente

clamó por su crucifixión, incluso yendo tan lejos como para reclamar voluntariamente a César como su rey (Juan 19:14,15).

Los judíos rechazaron a Jesús a pesar de lo que las sagradas Escrituras decían acerca de él. Pablo escribió: “*De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe*” (Gálatas 3:24). Jesús dijo que las Escrituras testificaban acerca de él (Juan 5:39); y luego de su resurrección explicó: “*Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos*” (Lucas 24:44). Sin embargo, a pesar de esta evidencia de las Escrituras, que eran leídas “*cada día de reposo*” (Hechos 15:21), los judíos lo rechazaron.

Para nuestro asombro, rechazaron a Jesús a pesar de lo que Jesús decía y hacía. Además del testimonio de las Escrituras (Juan 5:39), Jesús dijo que sus obras testificaban de él (Juan 5:36). Cuando los judíos dijeron: “*Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente*” Jesús respondió “*Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí*” (Juan 10:24,25). Había amplia evidencia que señalaba a Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios; sin embargo, el pueblo ignoró la evidencia.

Jesús sabía todo lo que le sucedería – Cuando Jesús fue arrestado para ser crucificado, esto no fue una sorpresa para él. Él supo “*que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre*” (Juan 13:1). Cuando Judas llegó con el tumulto, Jesús ya sabía “*todas las cosas que le habían de sobrevenir*” (Juan 18:4).

Con todas las profecías que apuntaban a su muerte en la cruz (ej. Isaías 53:3-9; Salmos 22), no debería sorprendernos que Jesús supiera lo que le sucedería. Después de todo, él era el Verbo en la carne (Juan 1:1,14).

Incluso mientras estuvo en la tierra, Jesús indicó que sabía que moriría de una manera predetermineda, y dio varias pistas sobre lo que sucedería. Le dijo a Nicodemo: “*Y como Moisés levantó la*

serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado” (Juan 3:14). Más tarde declaró a sus discípulos: “*Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo*” (Juan 12:32). Juan agregó que esta declaración fue hecha “*dando a entender de qué muerte iba a morir*” (Juan 12:33). Mateo escribió: “*Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día*” (Mateo 16:21). Ninguna de estas cosas tomó a Jesús por sorpresa. Él sabía lo que sucedería, y por esto mismo vino, para hacer la voluntad del Padre (Hebreos 10:5-10).

Los acontecimientos de ese día

La oración de Jesús en el huerto – En su oración, Jesús exhibió la total aceptación de la voluntad del Padre, independientemente de cuál fuera el resultado: “*Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú*” (Marcos 14:36). Pablo usó este ejemplo para señalar que debemos estar dispuestos a humillarnos como lo hizo Jesús: “*y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*” (Filipenses 2:8).

Sin embargo, es importante enfatizar que Jesús no aceptó a regañadientes la voluntad del Padre. Cuando él oró por la “*copa*” (Marcos 14:36), no estaba procurando de evitar la cruz. Como ya hemos notado, Jesús sabía lo que sucedería, y vino para cumplir su misión. Debido a esto, él expresó claramente su disposición a sufrir: “*Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre*” (Juan 10:17,18). Jesús oró “*que si fuese posible, pasase de él aquella hora*” (Marcos 14:35). En otras palabras, no estaba orando para no tener que soportar la crucifixión; él oraba para que los acontecimientos de esta “*hora*” se lograran

exitosamente. Su plegaria no era *escapar* la cruz, sino para ser victorioso *a través* de la cruz.

El juicio y la condena de Jesús – Hubo varias etapas en el juicio de Jesús. Primero fue juzgado por los sacerdotes y enfrentó falsas acusaciones, insultos y abuso físico (Marcos 14:53-65). Luego, se presentó ante Pilato donde fue interrogado y, aunque se determinó que era inocente, fue condenado a muerte (Marcos 15:2-15). Lucas también registró el hecho de que Jesús fue enviado por Pilato a Herodes, donde fue tratado con desprecio y burlado antes de ser enviado de regreso a Pilato (Lucas 23:11). Jesús soportó todas estas cosas antes de su crucifixión.

El sufrimiento y la muerte de Jesús en la cruz – Antes de su crucifixión, Jesús fue azotado porque Pilato cedió a las demandas de los judíos que exigían que Jesús fuese crucificado (Marcos 15:15). Despues de que esto sucedió, los soldados se burlaron de él, y lo maltrataron de la manera más cruel antes de llevarlo al lugar donde sería crucificado: *“Entonces los soldados le llevaron dentro del atrio, esto es, al pretorio, y convocaron a toda la compañía. Y le vistieron de púrpura, y poniéndole una corona tejida de espinas, comenzaron luego a saludarle: ¡Salve, Rey de los judíos! Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias. Despues de haberle escarnecido, le desnudaron la púrpura, y le pusieron sus propios vestidos, y le sacaron para crucificarle”* (Marcos 15:16-20).

Cuando Jesús fue crucificado, sus manos y pies fueron clavados en la cruz (Salmo 22:16; Juan 20:25). Una vez que fue alzado, las burlas continuaron (Marcos 15:29-33). El abuso físico y la tortura que su cuerpo soportó a lo largo de la prueba fueron extremos. Al describir en detalle el sufrimiento que sufrieron los condenados a este castigo, Henry E. Dosker escribió: *“La víctima de la crucifixión literalmente murió mil muertes”* (International Standard Bible Encyclopedia). De nuevo, Jesús sabía *“todas las cosas que le habían de sobrevenir”* (Juan 18:4), sin embargo, él fue a la cruz a pesar de esto.

Señales en su muerte – Había varias señales que acompañaron la muerte de Jesús en la cruz:

- Tinieblas desde el mediodía hasta las tres de la tarde: “*Cuando vino la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena*” (Marcos 15:33).
- El velo del templo se rasgó: “*Mas Jesús, dando una gran voz, expiró. Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo*” (Marcos 15:37-38).
- La tierra tembló, se abrieron los sepulcros y los muertos resucitaron: “*y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos*” (Mateo 27:52-53).

Todas estas cosas, unidas a la manera en que Jesús murió, llevaron al centurión a concluir: “*Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*” (Marcos 15:39).

Lecciones clave

La necesidad de un sacrificio Al discutir la comparación entre los sacrificios ofrecidos bajo la ley de Moisés y el sacrificio de Cristo, el escritor a los hebreos dijo: “*Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión*” (Hebreos 9:22). Se habían ofrecido sacrificios de animales “*continuamente cada año*”, pero el sistema mosaico solo contenía “*la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas*” (Hebreos 10:1). Debido a esto, el escritor hebreo dijo: “*porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados*” (Hebreos 10:4).

Puesto que los sacrificios de animales ofrecidos bajo la ley de Moisés no quitaban los pecados (Hebreos 10:4) y no podía haber

perdón sin que se derramara sangre (Hebreos 9:22), era necesario otro tipo sacrificio. Sencillamente, un animal no podía morir para salvarnos. Para que el perdón fuera posible, Jesús tendría que derramar su sangre en la cruz. El escritor hebreo explicó: “*Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo... somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre*” (Hebreos 10:5,10). La “sangre de Cristo” es capaz de limpiar la conciencia para que podamos servir sin impedimento a Dios (Hebreos 9:14).

Recordamos este sacrificio cuando observamos la cena del Señor. Antes de su muerte Jesús instituyó esta cena conmemorativa, y dio la copa como símbolo de su sangre derramada para el perdón de los pecados (Mateo 26:28). Debemos perseverar en esta conmemoración, así como los primeros cristianos lo hicieron, cada primer día de la semana (Hechos 20:7; 2:42). Pablo dijo a los corintios: “*Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciaréis hasta que él venga*” (1 Corintios 11:26). Debemos seguir recordando y proclamando la muerte de Cristo de esta manera, tal como él lo instituyó.

Las calificaciones de Jesús – Pablo le dijo a Timoteo, “*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos*” (1 Timoteo 2:5,6). Estaba calificado para servir como mediador porque compartía las características de ambas partes. “*Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad*” (Colosenses 2:9), “*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros*” (Juan 1:14). Por lo tanto, él estaba capacitado para ser el mediador, o intermediario, entre Dios y los hombres, y lograr la reconciliación entre ambas partes (Romanos 5:10).

Sin embargo, Jesús era sublime en contraste con cualquier otro sumo sacerdote. Fíjese en lo que declaró el escritor hebreo: “*Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero*

sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre” (Hebreos 7:26-28). Nadie más pudo ser calificado para desempeñar este papel.

Además de lo anterior, solamente Jesús estaba calificado para ofrecer y para ser el sacrificio por nuestros pecados. Nótese en el pasaje anterior que los sacerdotes bajo la ley de Moisés necesitaban “*ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados*” y esto lo debían hacer continuamente. En cambio, Jesús, ofreció el perfecto sacrificio “*una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo*” (Hebreos 7:27).

La eficacia del sacrificio de Jesús – A diferencia de los sacrificios que se ofrecían bajo la ley de Moisés, el sacrificio de Jesús era perfectamente capaz de quitar los pecados. De nuevo, los sacrificios bajo la antigua ley que se ofrecían “*continuamente cada año*” no podían lograr el perdón de los pecados “*porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados*” (Hebreos 10:1,4). Sin embargo, el sacrificio de Jesús es aquella ofrenda necesaria que hace “*perfectos para siempre a los santificados*” (Hebreos 10:14). Juan escribió: “*la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*” (1 Juan 1:7).

La eficacia del sacrificio de Jesús es para *todos*. Jesús dijo: “*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*” (Juan 3:16). Esto refuta frontalmente a la doctrina calvinista de la “*expiación limitada*” (la idea de que Jesús murió solamente por los elegidos). Pablo escribió: “*Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres*” (Tito 2:11). La salvación hecha posible por el sacrificio de Jesús en la cruz está disponible para todos.

A pesar de que la gracia de Dios es manifestada a todos los hombres (Tito 2:11), no todos se salvarán (Mateo 7:13-14). ¿Cómo puede ser esto? Dios ofrece la salvación a todos, pero solo salvará a

aquellos que cumplan con sus condiciones, porque la salvación en Cristo es condicional. Jesús dijo: *“El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”* (Marcos 16:16). Cristo es el *“autor de eterna salvación para todos los que le obedecen”* (Hebreos 5:9). La crucifixión de Jesús ha hecho que la salvación esté disponible, pero debemos recibir esta salvación mediante la obediencia.

Conclusión

En la lección anterior, destacamos el amor de Dios como una de las lecciones clave con respecto al nacimiento de Jesús. Sin embargo, la muerte de Cristo en la cruz también estaba necesariamente conectada con esto. Porque Dios amaba a la humanidad, envió a Jesús al mundo para morir en la cruz por nosotros.

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”
(Romanos 5:8).

La salvación está disponible para todos, pero debemos recibir esta salvación. Puesto que Jesucristo dio su vida por nosotros, necesitamos entregar nuestras vidas a él y ofrecernos a nosotros mismos como sacrificio: *“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”* (Romanos 12:1).

Preguntas para el debate y la reflexión

1. ¿Cómo vivió Jesús antes de su crucifixión?

2. ¿Fue Jesús sorprendido por su arresto y crucifixión? ¿Cómo lo sabemos?
 3. ¿Cuál fue la oración de Jesús antes de ser arrestado?
 4. ¿Por qué Jesús tuvo que morir en la cruz?
 5. ¿Quién se beneficiará de la muerte de Jesús en la cruz?

GRANDES DÍAS EN LA HISTORIA

4

EL DÍA DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

“Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció...” (1 Corintios 15:3-5).

El tercer día después de la crucifixión de Jesús, ocurrió un evento que fue de primera importancia (1 Corintios 15:3), *la resurrección de Jesús*. Si Jesús no hubiese resucitado de entre los muertos, nuestra fe sería vana (1 Corintios 15:17); pero, debido a que resucitó de entre los muertos, tenemos esperanza (1 Corintios 15:20-23).

Antecedentes

Jesús fue sepultado – Despues de que Jesús muriera crucificado, José de Arimatea fue a Pilato a pedir el cuerpo de Jesús para sepultarlo. Pilato le concedió permiso, “*Y tomado José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia, y lo puso en su sepulcro nuevo, que*

había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue” (Mateo 27:59-60).

Hay muchos que se han esforzado por negar la resurrección de Jesús, los cuales han afirmado que Jesús realmente no murió, sino que, simplemente, se desmayó. Sin embargo, Jesús no parecía estar muerto; estaba realmente muerto. Los soldados que crucificaron a Jesús, quienes no conspirarían junto con Jesús y los discípulos para escenificar su muerte, pudieron comprobarlo por sí mismos: “*Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas*” (Juan 19:33). Debido a que estaba muerto no le rompieron las piernas como a los dos ladrones (Juan 19:31-32). No había necesidad de hacer esto. Sin embargo, para confirmar que el Señor estaba realmente muerto, “*uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua*” (Juan 19:34).

Uno de los discípulos de Jesús, José de Arimatea, preparó su cuerpo para el entierro y lo dejó en una tumba sellada. Él fue uno más de los que no vio señales de vida, porque trataba con un cadáver, otro fue Nicodemo (Juan 19:38-40). El Señor había muerto. Entonces, puso el cuerpo de Jesús en la tumba, la selló y se fue. José no tenía alguna expectativa de que Jesús resucitaría; así que preparó su cuerpo para el entierro.

La tumba estaba custodiada – Los líderes judíos estaban decididos a evitar que algo le sucediera al cuerpo de Jesús. Así que le pidieron a Pilato que asegurara el sepulcro y le explicaron el motivo de su petición: “*nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero*” (Mateo 27:63-64).

La dirigencia de los judíos estaba preocupada de que los discípulos de Jesús se llevaran el cuerpo y luego afirmaran que estaba vivo. Con la influencia que Jesús pudo obtener antes de su muerte, los líderes judíos sabían que esto llevaría a más personas a creer en él.

Entonces Pilato dijo: “Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis” (Mateo 27:65). Ciertamente habrían hecho esto porque no querían que hubiera ninguna credibilidad para los informes de que Jesús podría estar vivo. Querían poder exhibir el sepulcro sellado (Mateo 27:66).

Los discípulos estaban asustados – Después de la resurrección de Jesús, Juan escribió: “Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros” (Juan 20:19). Antes de que Jesús se les apareciera, estos hombres tenían miedo, y estaban llorando (Marcos 16:10). Después de que Jesús fue asesinado, seguramente pensaron que ellos también podrían serlo. Jesús les había dicho: “Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán…” (Juan 15:20). Tenían todas las razones para creer serían los próximos en ser atacados.

Curiosamente, esto fue después del primer informe de que Jesús había resucitado. María Magdalena fue a los discípulos para darles “las nuevas de que había visto al Señor” (Juan 20:18). Sin embargo, al principio, los discípulos se mostraron escépticos ante el testimonio de María y las otras mujeres, y “les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían” (Lucas 24:11). Luego, permanecía la incertidumbre sobre lo que sucedería. Es más, con Jesús resucitando de entre los muertos, todavía no sabían qué problemas y persecuciones enfrentarían en el futuro cercano.

Los acontecimientos de ese día

La tumba fue encontrada vacía – “Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María, a ver el sepulcro” (Mateo 28:1). Sin embargo, cuando estas mujeres llegaron, vieron que la piedra había sido removida y que el cuerpo de Jesús había desaparecido. En lugar de encontrar a Jesús,

fueron recibidos por ángeles que anunciaron que había resucitado: “*Mas el ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor*” (Mateo 28:5-6). Estas mujeres pudieron contemplar que el cuerpo de Jesús no estaba en la tumba.

Nadie esperaba encontrar la tumba vacía. En el camino, las mujeres “*decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?*” (Marcos 16:3). Cuando informaron a los discípulos de Jesús acerca de lo que habían encontrado, “*a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían*” (Lucas 24:11). Esto es significativo debido a la falsa historia que sería difundida por los enemigos de Jesús para tratar de explicar la tumba vacía: que los discípulos robaron el cuerpo (Mateo 28:13). Los discípulos no solo no robaron el cuerpo, sino que también esperaban que el cuerpo de Jesús todavía estuviera en la tumba cuando escucharon este informe. Cuando finalmente vieron a Jesús, cambiaron de opinión acerca de lo que había sucedido.

Jesús comenzó a aparecer a sus discípulos – Inicialmente se apareció a las mujeres que vinieron al sepulcro (Mateo 28:9). Según el relato de Marcos, María Magdalena fue la primera de estas mujeres en ver a Jesús vivo de entre los muertos (Marcos 16:9). Se apareció a dos discípulos en el camino a Emaús (Lucas 24:13-31), luego al resto de los discípulos (Lucas 24:36-43). En su carta a los corintios, Pablo enumeró a muchos de los que fueron testigos oculares de Jesús después de su resurrección:

“*y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí*” (1 Corintios 15:4-8).

Con todo, Jesús se apareció en varias ocasiones diferentes para cientos de individuos exhibiéndose como resucitado de entre los muertos.

Los enemigos de Jesús trataron de explicar la tumba vacía – Como ya hemos notado, los sumos sacerdotes y los fariseos estaban preocupados de que los discípulos de Jesús robaran su cuerpo y afirmaron que había resucitado de entre los muertos; así que solicitaron y recibieron a un guardia para asegurar la tumba (Mateo 27:62-66). Sin embargo, esto no impidió que Jesús resucitara de entre los muertos y saliera de la tumba. Así que tuvieron que encontrar otra explicación para lo que sucedió.

“Mientras ellas iban, he aquí unos de la guardia fueron a la ciudad, y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido. Y reunidos con los ancianos, y habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados, diciendo: Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos. Y si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos, y os pondremos a salvo. Y ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había instruido. Este dicho se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy” (Mateo 28:11-15).

Hay algunos agujeros obvios en esta historia de los principales de los judíos. Quizás lo más notable es que si estaban *dormidos*, ¿cómo supieron que los discípulos de Jesús vinieron y se llevaron el cuerpo? Sin embargo, el hecho de que esta historia fuera ilógica no impidió que se extendiera. Las personas a menudo creerán lo que quieren creer (cf. 2 Timoteo 4:3-4), incluso si no está en armonía con la verdad y el sentido común.

Lecciones clave

El poder de Jesús sobre la muerte – Como notamos en la lección sobre *el día del nacimiento de Jesús*, él vino a este mundo en forma de

hombre (Hebreos 2:14; Filipenses 2:5-8; Colosenses 2:9). Una de las razones para esto era para poder destruir el poder de Satanás sobre la muerte.

“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librarnos a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14-15).

Otros habían sido resucitados de entre los muertos antes de la resurrección de Jesús. En el Antiguo Testamento, Elías resucitó al hijo de una viuda (1 Reyes 17:21-22), Eliseo resucitó al hijo de la sunamita (2 Reyes 4:32-35), y un hombre resucitó cuando su cuerpo tocó los huesos del cadáver de Eliseo (2 Reyes 13:20-21). Durante el ministerio de Jesús, él resucitó al hijo de la viuda en Naín (Lucas 7:11-15), a la hija de Jairo (Lucas 8:52-55) y a Lázaro (Juan 11:43-44). Cuando el Señor resucitó, hubo santos muertos que resucitaron también (Mateo 27:52). Sin embargo, Jesús fue el primero que *“habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él”* (Romanos 6:9).

Esperanza en la resurrección – Aquellos que resucitaron de entre los muertos antes de la resurrección de Jesús, murieron nuevamente. Pero, a través de Jesús, tenemos esperanza de una resurrección como la de él. Sin embargo, esta esperanza es solo para aquellos que le obedezcan. Fíjese en lo que Pablo escribió:

“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo

del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él” (Romanos 6:4-8).

Si morimos al pecado, y somos sepultados con Cristo en el bautismo, y caminamos en novedad de vida, también podemos ser resucitados para nunca más morir (Romanos 6:9). Jesús es “*la resurrección y la vida*” (Juan 11:25). Aunque muramos, recibiremos la recompensa si le somos fieles. Aquellos que durmieron (murieron) en el Señor recibirán la misma recompensa que aquellos que estén vivos (despiertos) cuando el Señor regrese (1 Tesalonicenses 4:14-17).

Por lo tanto, no debemos temer a la muerte. Al escribir acerca de la esperanza de la resurrección, Pablo dijo a los corintios: “*Y el postre enemigo que será destruido es la muerte*” (1 Corintios 15:26). Con respecto a este evento, Pablo escribió: “*Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo*” (1 Corintios 15:54-57).

Incluso si enfrentamos persecución por la causa de Cristo, podemos tener confianza en la esperanza de la resurrección. Jesús dijo: “*Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno*” (Mateo 10:28). Es posible que seamos “*contados como ovejas de matadero*”, sin embargo “*somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó*” (Romanos 8:36-37).

Evidencia de nuestra fe – Dios no espera que demos un “salto de fe”, sino que creamos basándonos en la evidencia que él nos ha dejado. “*Ahora bien, la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve*” (Hebreos 11:1, LBLA).

Para la fe en el hecho de que Jesús resucitó de entre los muertos, tenemos evidencia en la cual basar nuestra confianza. Había *cientos* de testigos de primera mano que vieron a Jesús vivo después de su crucifixión y sepultura (1 Corintios 15:5-8). Estas personas no solo dieron testimonio, sino que afirmaron su creencia en la resurrección a pesar de haber sido perseguidos por ella (ej. Hechos 4:18-20; 5:27-29, 40-42; 7:54-8:4). La única razón por la que testificarían la resurrección del Señor a pesar de la cruenta persecución fue porque *sabían* que la resurrección de Jesús era un hecho, un hecho histórico que les daba esperanza.

Sin embargo, esto era más que una simple afirmación de que Dios podría resucitar a alguien de entre los muertos. Pablo escribió: “*y que fue declarado Hijo de Dios con poder, conforme al Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos: nuestro Señor Jesucristo*” (Romanos 1:4, LBLA). La resurrección de Jesús demostró que él es realmente el Hijo de Dios, ratificando todas sus afirmaciones al respecto.

Conclusión

Jesús murió en la cruz para hacer posible nuestra salvación. Sin embargo, su sacrificio habría sido ineficaz sin la resurrección. Su resurrección nos da esperanza. Si nos conformamos a su muerte, sepultura y resurrección y luego caminamos vida nueva, estaremos unidos a él “*unidos a él en la semejanza de su muerte, ciertamente lo seremos también en la semejanza de su resurrección*” (Romanos 6:3-5, LBLA).

Preguntas para el debate y la reflexión

1. ¿Cómo sabemos que Jesús estaba realmente muerto antes de su resurrección?
2. ¿Cuál era el estado emocional de los apóstoles de Jesús antes de su resurrección?
3. ¿Cuántas personas fueron testigos de primera mano de la vida de Jesús después de su crucifixión?
4. ¿Por qué la resurrección de Jesús nos da esperanza?
5. ¿Qué evidencia hay que demuestre que Jesús sí resucitó de entre los muertos?

GRANDES DÍAS EN LA HISTORIA

5

EL DÍA DE PENTECOSTÉS

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaban, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen”

(Hechos 2:1-4).

El día de Pentecostés, llamado *la fiesta de las semanas* en el Antiguo Testamento (Éxodo 34:22; Deuteronomio 16:10) – ocurría cincuenta días después de la pascua (Levítico 23:15-16). Esto debía ser observado cada año por los judíos; sin embargo, esta lección no se enfoca en el evento anual, sino en un día específico: el *día de Pentecostés* después de la ascensión de Jesús.

Antecedentes

Jesús habló del reino – Como notamos en la lección anterior, Jesús apareció a sus discípulos en varias ocasiones después de su resurrección (Mateo 28:9; Lucas 24:13-31, 36-43; 1 Corintios 15:4-8).

Sin embargo, pasó más tiempo con aquellos a quienes había escogido para que fueran sus apóstoles. Lucas enfatizó esto en la declaración inicial del libro de los Hechos:

“En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios” (Hechos 1:1-3).

Durante cuarenta días, Jesús pasó tiempo con estos hombres y les habló de cosas relacionadas con el reino. Si bien es dudoso que esto fuera todo lo que él discutió con ellos, podemos concluir con seguridad, basándonos en el relato de Lucas, que este fue el tema primario en las conversaciones de Jesús con los apóstoles durante este tiempo. Esto es significativo, especialmente por lo que notamos que sucedió en este día.

Jesús declaró a sus apóstoles que ellos serían sus testigos – “pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). Ya les había dicho que atestiguarían acerca de él, porque habían estado con el Señor desde el principio (Juan 15:27).

El testimonio de los apóstoles acerca de Jesús se llevaría a cabo en Jerusalén, Judea, Samaria, y hasta lo último de la tierra, una referencia a su trabajo en la realización de “La gran comisión”. Este plan se registró expresamente en los evangelios sinópticos, y cada uno enfatizaba diferentes detalles. Mateo enfatizó la obra de los apóstoles en *hacer discípulos* (Mateo 28:19-20). Marcos se centró en su papel en *predicar el evangelio* (Marcos 16:15-16). Lucas enfatizó el hecho de que los apóstoles *atestiguarían de Cristo*:

“y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (Lucas 24:46-49).

Cuando los apóstoles hablaban del Señor resucitado, a partir del día de Pentecostés, lo hacían como *testigos oculares* (cf. 1 Jn 1, 1-3).

Jesús ascendió al cielo – Despues de que Jesús dijo a sus apóstoles que serían sus testigos (Hechos 1:8), “viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos” (Hechos 1:9). Sin embargo, cuando esto sucedió, estos hombres no se quedaron preguntándose cuándo o cómo podría regresar; dos ángeles les explicaron lo siguiente: “los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (Hechos 1:11). Esto se realizaría tal como Jesús dijo que sucedería (Juan 14:3).

Los acontecimientos de ese día

El Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles – Así comenzaron los acontecimientos del día de Pentecostés:

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaban, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en

otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen”
(Hechos 2:1-4).

La venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles fue el cumplimiento de la profecía. Ya observamos que Jesús había dicho a sus apóstoles: *“pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”* (Hechos 1:8). Justo antes de esto, él también les había dicho: *“Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días”* (Hechos 1:5). Siglos antes de todo esto, el profeta Joel había profetizado este acontecimiento: *“Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones... Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado”* (Joel 2:28-32). El día de Pentecostés, el apóstol Pedro citó esta profecía. Mientras algunas personas estaban asombradas o confundidas, y otras se burlaban de lo que estaba sucediendo, Pedro explicó, *“Mas esto es lo dicho por el profeta Joel...”* (Hechos 2:16-21).

El Espíritu Santo vino sobre los apóstoles para capacitarlos en su obra: llevar a cabo *“La gran comisión”* como testigos de Jesucristo al mundo (Lucas 24:46-49; Hechos 1:8). Poco antes de su muerte, el Señor Jesús prometió enviarles el Espíritu Santo por esta razón:

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26).

“Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio” (Juan 15:26,27).

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir” (Juan 16:13).

Debido a que los apóstoles fueron comisionados para predicar el evangelio (Marcos 16:15), hacer discípulos (Mateo 28:19) y testificar de Cristo (Lucas 24:46-48) el Espíritu Santo vino sobre ellos en el día de Pentecostés, así podrían realizar esta obra.

Pedro predicó el primer sermón que abriría las puertas del reino de los cielos – Por razón de espacio, el texto completo del sermón de Pedro no se incluirá aquí (Hechos 2:14-40); pero, la idea central del mensaje se puede ver en los siguientes versículos:

“Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella”
(Hechos 2:22-24).

Pedro citó varias profecías para demostrar que la muerte y resurrección de Jesús eran parte del plan de Dios: su alma no permanecería en el Hades (Hechos 2:25-28; cf. Salmo 16:8-11), sería descendiente de David y se sentaría en su trono (Hechos 2:30; cf. Salmo 132:11; 2 Samuel 7:12), es decir, a la diestra de Dios, hasta que sus enemigos fueran puestos por estrado de sus pies (Hechos 2:34-35; cf. Salmo 110:1). El apóstol Pedro no solo demostró que la muerte y resurrección de Jesús eran parte del plan de Dios, sino que también indicó cómo Dios reveló a través de los profetas que esto sucedería.

Si bien el sermón de Pedro en el día de Pentecostés a menudo se conoce como el “primer sermón del evangelio”, hay un sentido en el que el evangelio fue predicado antes de este. Pablo dijo que el evangelio (“buena nueva”) fue predicado de antemano a Abraham (Gálatas 3:8). Luego, recordemos que tanto Juan el Bautista como Jesús mismo predicaron el evangelio (cf. Lucas 3:18; Mateo 4:23). Sin embargo, cuando el evangelio fue predicado antes de Pentecostés, fue predicado *en la forma de promesa*. En el día de Pentecostés, se predicó por primera vez *en realidad*. Jesús había sido crucificado y resucitado de entre los muertos, hechos que son “de primera importancia” en el mensaje del evangelio (1 Corintios 15:1-4).

Cuando Pedro predicó en el día de Pentecostés, tres mil personas respondieron: “*Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas*” (Hechos 2:41). ¿Qué significó recibir su palabra? Considere cuidadosamente lo que Lucas escribió:

“Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:37,38).

Los que “recibieron su palabra” (Hechos 2:41) fueron los que obedecieron a la instrucción de Pedro. Se arrepintieron y fueron bautizados para la remisión de sus pecados.

Se estableció la iglesia del Señor – Desde el día de Pentecostés en adelante, Dios añade cada día a la iglesia a los que van obedeciendo a su evangelio (Hechos 2:47). Los miembros de la iglesia en Jerusalén se caracterizaron por su dedicación al reunirse (Hechos 2:42), ayudándose unos a otros (Hechos 2:44-45), pasando tiempo juntos (Hechos 2:46) y alabando a Dios (Hechos 2:47). Estas personas no solo estaban registradas en una lista de miembros, sino que participaban activamente en la iglesia.

También es importante notar que el día de Pentecostés fue el día en que se estableció el reino del Señor. Cuando Jesús prometió edificar su iglesia, le dijo a Pedro que le daría las llaves del reino (Mateo 16:18-19). El Señor no se refería a dos instituciones; más bien, *la iglesia es el reino, y el reino es la iglesia*. Es decir, son la misma institución. Jesús dijo a sus discípulos que el reino vendría en esa generación, que lo verían venir con poder (Marcos 9:1). Ellos recibieron este poder cuando vino sobre ellos el Espíritu Santo (Hechos 1:8). El Espíritu Santo vino sobre ellos el día de Pentecostés (Hechos 2:1-4), cuando la iglesia fue establecida.

Jesús prometió edificar su iglesia (Mateo 16:18); y este reino no sería jamás destruido (Daniel 2:44).

Lecciones clave

La iglesia del Señor está abierta a todos. Aunque el evangelio fue predicado por primera vez a los judíos en el día de Pentecostés, eventualmente sería llevado a otras naciones. Pedro aludió a esto en su sermón: *“Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”* (Hechos 2:39). Esto también fue profetizado por Isaías: *“Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones”* (Isaías 2:2). La iglesia del Señor, que fue establecida en el día de Pentecostés, estaría abierta a todos.

El plan del Señor era que los apóstoles salieran por todo el mundo predicando el evangelio a toda criatura (Marcos 16:15). Pablo explicó a los hermanos de Tesalónica que el evangelio es el medio por el cual Dios nos llama (2 Tesalonicenses 2:14). Dado que este llamado fue destinado y se ha extendido a todos, podemos concluir con seguridad que Dios dará la bienvenida a todos los que vengan a él, sin algún favoritismo. Pedro explicó esto específicamente cuando habló a la casa de Cornelio: *“Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad*

comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia” (Hechos 10:34,35).

Dios da la bienvenida a todos, sin importar la nación de la que provengan, para reunirlos en un solo cuerpo (Efesios 4:4). Tanto judíos como gentiles son reconciliados con Dios por medio de Cristo en un solo cuerpo (Efesios 2:16) – este cuerpo es un pueblo, la iglesia (Efesios 1:22-23) la cual comenzó su existencia en el día de Pentecostés.

Dios agrega a los obedientes a su iglesia – Lucas registró claramente: “*Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos*” (Hechos 2:47). La clase de gente a la cual Dios añadió a su iglesia, fueron aquellos que creyeron, se arrepintieron y fueron bautizados (Hechos 2:37,38).

Debido a que Dios es quien agrega a la iglesia a quienes él ha determinado agregar, no podemos dictar los términos de admisión a la iglesia que el Señor estableció. Sin embargo, podríamos ser culpables de esto:

1. *Podríamos aceptar como miembros de la iglesia a personas que Dios no ha añadido.* Algun tiempo después de que Pablo obedeció al evangelio en Damasco, regresó a Jerusalén y “*Cuando llegó a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos; pero todos le tenían miedo, no creyendo que fuese discípulo*” (Hechos 9:26). Al principio, los hermanos de la iglesia en Jerusalén no tenían ninguna razón para creer que Saulo fuese un discípulo, y, por lo tanto, no podían recibirlle como miembro. Sin la certeza de que Saulo se había sido convertido en discípulo (y había sido añadido por Dios a la iglesia), no podían aceptarlo en su comunión (cf. Efesios 5:11; 2 Corintios 6:14-17). Sin embargo, muchos caen en la tentación de aceptar a cualquiera, sin

confirmar que sea un legítimo discípulo del Señor.

2. *Podríamos agregar más requisitos de los que el Señor ha estipulado.* Después que el evangelio comenzó a ser predicado a los gentiles (Hechos 10:34-48; 11:1-18; 14:27; 15:3), algunos cristianos judíos comenzaron a insistir en que los hermanos gentiles tenían que ser circuncidados para ser salvos (Hechos 15:1). Por supuesto, el Señor nunca requirió esto. Pedro dijo: “Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos” (Hechos 15:10,11). Sin embargo, algunos son como estos maestros judaizantes y agregan más requisitos de los que el Señor estipuló para que seamos agregados a la iglesia.

Simplemente necesitamos predicar el plan de salvación de del evangelio, tal como Pedro lo predicó en el día de Pentecostés, para que otros puedan escuchar lo que necesitan hacer para ser salvos y permanecer salvos, siendo animados a perseverar en fidelidad al Señor.

Responsabilidades para los que están en la iglesia – No nos basta con ser simplemente “añadidos a la iglesia por el Señor” (Hechos 2:47). Hay ciertas cosas que el Señor espera que hagamos como miembros de su iglesia. Considere lo que Lucas registró acerca de la recién nacida iglesia después de que Pedro predicó en el día de Pentecostés:

- “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2:42). Estaban adorando a Dios como él lo había prescrito. Esto

armoniza con la declaración que Jesús: “*Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren*” (Juan 4:24).

- “*Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno*” (Hechos 2:44,45). No solo estaban dispuestos a ayudar a sus hermanos necesitados, sino que lo hacían, tal como nosotros debemos hacerlo. Juan escribió: “*Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros*” (1 Juan 4:11).
- “*Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón*” (Hechos 2:46). Estaban unidos en una misma mente. Esta unidad se basaba en que perseveraban en “*la doctrina de los apóstoles*” (Hechos 2:42). Esta es la perfecta ilustración de la “*unidad del Espíritu*” que Pablo describió (Efesios 4:3). Debemos estar de acuerdo y en armonía los unos con los otros basándonos en lo que enseñaron los apóstoles. Jesús oró por esto: “*Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste*” (Juan 17:20,21). Si esto fue una prioridad para ellos, también debe ser una prioridad para nosotros.
- “*partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón*” (Hechos 2:46). Se reunían regularmente los unos con los otros en los diferentes hogares. Esto es importante no solo para conocernos mejor, sino también para que

podamos exhortarnos y amonestarnos cada día (Hebreos 3:13).

Como miembros de la iglesia del Señor, no debemos estar ociosos, ni debemos hacer lo que nos parezca correcto. Simplemente necesitamos llevar a cabo la voluntad del Señor tal como él nos la ha revelado en su palabra.

Conclusión

La iglesia del Señor fue establecida en el día de Pentecostés. Este fue el comienzo de un reino que nunca será destruido. Este reino está abierto a todos. Podemos ser parte de esta soberanía, o reinado de Cristo, haciendo lo que el Señor ha dicho que debemos hacer para ser salvos (Hechos 2:37,38,41).

Preguntas para el debate y la reflexión

1. ¿En qué radica la importancia de que los apóstoles fueran los testigos de Jesús?
2. Cuando el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles, ¿qué papel llegó a cumplir?
3. ¿Cómo respondieron al evangelio los que recibieron el mensaje de Pedro?

4. ¿Cómo sabemos que el reino fue establecido en el día de Pentecostés?
 5. ¿Quién es el que agrega almas a la iglesia, y por qué es esto significativo?

GRANDES DÍAS EN LA HISTORIA

6

EL DÍA DEL JUICIO

“Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hechos 17:30,31).

En esta sexta lección, estudiaremos sobre el *día del juicio*. Al igual que la segunda lección, esto puede parecer un salto desde el día de Pentecostés. Sin embargo, no nos saltamos tanto como veremos.

Antecedentes

El evangelio sería predicado a todo el mundo – Antes de su ascensión, Jesús comisionó a sus apóstoles: *“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”* (Marcos 16:15). Como notamos en la lección anterior, el mensaje del evangelio comenzó a predicarse el día de Pentecostés a judíos y prosélitos. Sin embargo, eventualmente también iría al resto del mundo. Jesús les dijo a los apóstoles que ellos serían sus *“testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”* (Hechos 1:8).

El mensaje salvador del evangelio fue predicado por primera vez a los gentiles cuando Pedro fue a la casa de Cornelio. Cuando el

apóstol llegó, dijo: “*Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia*” (Hechos 10:34,35). Al explicar lo sucedido, los hermanos de Jerusalén concluyeron correctamente que “*¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!*” (Hechos 11:18).

Aproximadamente treinta años después de que la iglesia se estableciera en Jerusalén, Pablo pudo afirmar que el evangelio “*se predica en toda la creación que está debajo del cielo*” (Colosenses 1:23). Esto no significa que cada persona había obedecido al evangelio; más bien, significa que el mensaje del evangelio ya estaba disponible para todos.

Cuando Pablo habló a los filósofos que estaban reunidos en el Areópago de Atenas, les dijo: “*Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan*” (Hechos 17:30). Así también hoy, Dios continúa mandando a toda persona, de todo lugar, a que se arrepienta, y lo hace por medio del evangelio.

Hay cierto tiempo que debe pasar – Pablo explicó que Dios “*ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos*” (Hechos 17:31). Sin embargo, a pesar de que este día ha sido fijado, no nos ha sido revelado cuándo será ese día. Jesús dijo: “*Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre*” (Mateo 24:36).

Cuando Pedro escribió acerca de este día, no dijo cuándo ocurriría; pero sí declaró lo siguiente: “*sabiendo primero esto, que en los posteriores días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación*” (2 Pedro 3:3,4). En otras palabras, pasaría suficiente tiempo para que algunos dudaran del regreso de nuestro Señor.

La vida transcurrirá con normalidad – De nuevo, Pedro explicó que algunos dirían: “*¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación?*” (2 Pedro 3:4). Por supuesto, estos “burladores” (2 Pedro 3:3) ignorarían voluntariamente la destrucción del mundo en el diluvio (2 Pedro 3:5,6). Sin embargo, aparte de eventos como este, tendrían razón al observar la normalidad, tal como Dios diseñó el mundo para que funcionara (cf. Génesis 8:22). Como Pablo explicó a los residentes de Listra, la providencia de Dios testifica acerca de él (Hechos 14:17).

Aunque muchos quieren buscar señales que indiquen que se acerca el día final del juicio, no habrá señales que apunten a la llegada de este evento. Considere lo que Jesús dijo acerca de este día:

“Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre. Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre” (Mateo 24:36-39).

Las únicas “señales” que indicarían la llegada del día del Señor serían las mismas “señales” de los días de Noé: los justos haciendo preparativos y predicando para advertir del juicio de Dios (cf. Hebreos 11:7; 2 Pedro 2:5), mientras los impíos no hacen caso. Pedro escribió: “*Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas*” (2 Pedro 3:10).

Jesús usó esta misma imagen cuando enseñó sobre este día: “*Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón*

habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa. Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis" (Mateo 24:42-44). Como no sabemos cuándo será este día, debemos estar preparados, velando en todo momento.

Los acontecimientos de ese día

El Señor regresará del cielo – Como hemos notado, este día es cuando "el Hijo del Hombre vendrá" (Mateo 24:44). Jesús volverá de la misma manera que sus apóstoles lo vieron partir (Hechos 1:11). Sin embargo, no todos reaccionarán de la misma manera. Considere los siguientes pasajes:

"Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras" (1 Tesalonicenses 4:16-18).

"y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder" (2 Tesalonicenses 1:7-9).

"¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!"
(Hebreos 10:31).

Para algunos, la espera de la venida de Jesús es una fuente de consuelo. Para otros, la perspectiva de que Cristo regrese en juicio es

terrorífica. El regreso del Señor será motivo de gozo o de pánico, dependiendo de cómo uno se haya comportado en esta vida.

Todos comparecerán ante Cristo en juicio – Pablo explicó esto en su carta a los corintios: “*Porque todos nosotros debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno sea recompensado por sus hechos estando en el cuerpo, de acuerdo con lo que hizo, sea bueno o sea malo*” (2 Corintios 5:10, LBLA). Como el apóstol explicó, seremos juzgados conforme a nuestras obras. Esta es la razón por la que Dios “*manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan*” (Hechos 17:30). A fin de prepararnos para nuestra cita ante el tribunal de Cristo, debemos cambiar nuestra vida para asegurarnos de que nuestras acciones sean agradables al Señor.

A medida que comprendemos la realidad del juicio, es esencial que sepamos cuál será el estándar por el cual seremos juzgados. Jesús dijo: “*El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero*” (Juan 12:48). La palabra de Cristo será el estándar por el cual seremos juzgados. Por lo tanto, debemos asegurarnos de que nuestras obras estén en línea con su palabra.

Los justos y los malvados serán separados – Jesús describió esto cuando habló del juicio en el día final: “*Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda*” (Mateo 25:31-33).

Lamentablemente, muchos que sean dejados a la izquierda se sorprenderán de estar allí (cf. Mat. 25:44). En “El sermón del monte”, después de explicar que solo entrarán al cielo los que hacen la voluntad del Padre (Mateo 7:21), Jesús describió la conmoción que muchos tendrían, y la súplica que harían, pensando que habría algún error en la decisión del Señor: “*Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera*

demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:22,23). Estos individuos habían sido creyentes sinceros y activos, que se esforzaron al intentar servir al Señor, sin embargo, quedarán desaprobados por la maldad (“anarquía”) que practicaron. En otras palabras, estaban incurriendo en prácticas que no habían sido ordenadas ni autorizadas por la palabra del Señor, quien no solo nos juzgará por nuestras intenciones y sinceridad, sino por nuestras acciones.

Los que sean juzgados irán a “*Castigo eterno*” o “*Vida eterna*” (Mateo 25:46), dependiendo de cómo el Señor juzgue que han vivido de acuerdo con Su norma.

Lecciones clave

El juicio es seguro para todos – Como ya hemos notado, Pablo escribió: “*Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo*” (2 Corintios 5:10). Este juicio es para todos.

No hay forma de eludir el juicio de Dios. Por lo tanto, debemos ser fieles al Señor. El escritor a los hebreos explicó la importancia de esto: “*Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?*” (Hebreos 10:26-29).

A menudo pensamos que la ley de Moisés fue muy severa en sus castigos. Sin embargo, este pasaje nos enseña que un “*mayor castigo*” merecen los infieles. La perspectiva de recibir toda la ira de Dios es

cosa “*Horrenda*” (Hebreos 10:31). Esta imagen no tiene necesariamente la intención de simplemente “asustarnos”, sino de hacernos comprender la gran importancia de servir fielmente al Señor.

Esto significa, por lo tanto, que los que nos rodean tampoco escaparán del juicio. Por lo tanto, debemos esforzarnos por alcanzarlos con el evangelio. De hecho, inmediatamente después de explicar la certeza del juicio, Pablo escribió: “*Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres*” (2 Corintios 5:11). Así como debemos prepararnos para este día, debemos ayudar a los demás a ver la necesidad de estar preparados para comparecer ante el tribunal de Cristo.

El juicio será de acuerdo con la norma del Señor – Jesús es el único Juez (Santiago 4:12); y su palabra es la norma (Juan 12:48). Por lo tanto, es su palabra la que debe ser enseñada. Esta es la razón por la que encargó a sus apóstoles “*Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura*” (Marcos 16:15). Del mismo modo, “*Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios*” (1 Pedro 4:11).

Por estas razones no debemos juzgar sobre cuestiones de opinión, parecer, o mandamiento humano. Pablo dijo a los santos en Roma: “*Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones*” (Romanos 14:1). Jesús condenó a los fariseos porque estaban “*Enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres*” (Mateo 15:9). ¿Y si nuestras opiniones nos parecen inofensivas? ¿Y si nuestras tradiciones parecen perfectamente razonables? ¿Por qué no podríamos predicar tales cosas con sinceridad? Una de las razones por la cual debemos abstenernos de enseñar nuestras opiniones y pareceres como si fueran mandamientos, sin importar cuán “inofensivos” o “razonables” nos parezcan, es porque estos no ayudan a nadie a prepararse para el juicio final, ya que estos pareceres y opiniones no son el estándar (Juan 12:48). De hecho, enseñar cosas que están más allá de las sagradas Escrituras podría ser un obstáculo para otros, una piedra de tropiezo. Pablo explicó: “*Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner*

tropiezo u ocasión de caer al hermano” (Romanos 14:13). Debemos contentarnos con permanecer dentro de los límites de las sagradas Escrituras ayudando a los demás, para cuando comparezcamos ante el tribunal del Señor.

Ante la expectativa del regreso del Señor, el apóstol Juan animó a los discípulos: “*Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados. Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él*” (1 Juan 2:28,29). “*En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor*” (1 Juan 4:17,18). Si estamos siguiendo al Señor, practicando la justicia y caminando en amor, podemos esperar su regreso con confianza, en lugar de miedo.

El juicio será definitivo – Cuando seamos juzgados, habrá solo dos destinos posibles, “*castigo eterno*” y “*vida eterna*” (Mateo 25:46). Estas son las dos únicas opciones. Jesús dijo: “*No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación*” (Juan 5:28,29).

Los que están sin Cristo “*no tienen esperanza*” (1 Tesalonicenses 4:13), y les tocará sufrir lo que es peor que cualquier cosa difícil que hayan podido experimentar en esta vida. Juan describió esta escena: “*y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre*” (Apocalipsis 14:11). No hay esfuerzo tan necesario que aquel destinado a evitar este destino.

Por el contrario, los salvos estarán “*siempre con el Señor*” (1 Tesalonicenses 4:17). Debemos seguir el ejemplo de Pablo: “*Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como perdida por la excelencia*

del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos” (Filipenses 3:8-11).

Conclusión

No sabemos cuándo será, pero sí sabemos que el Señor regresará un día para juzgar al mundo. Él nos ha dado su palabra (la norma) y el tiempo necesario para prepararnos. Debemos usar el tiempo que tenemos para comparecer aprobados ante su tribunal.

Preguntas para el debate y la reflexión

1. ¿Hasta dónde se extendería el evangelio antes del día del juicio?
2. ¿Qué “señales” indicarán que se acerca el día del Señor?
3. ¿Por qué muchos se sorprenderán al enterarse de su destino?

4. ¿Quiénes serán juzgados por el Señor en el último día?

5. ¿Cuál es el estándar por el cual seremos juzgados?

GRANDES DÍAS EN LA HISTORIA

7

EL DÍA DE LA ETERNIDAD

“Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén” (2 Pedro 3:18).

En la lección anterior hablamos del último día, cuando el Señor regresará en juicio. Pero, ¿qué sucederá después de que la vida en la tierra ha terminado? Consideremos lo que la Biblia enseña acerca del *día de la eternidad*.

Antecedentes

Este mundo será destruido – Como notamos en la lección anterior, el Señor regresará con el fin de juzgar al mundo. Con respecto a este día, Jesús dijo: *“y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos”* (Mateo 25:32). Luego, los impíos irán al *“castigo eterno, y los justos a la vida eterna”* (Mateo 25:46). Los impíos serán lanzados *“al lago de fuego”* (Apocalipsis 20:15) y *“traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él... y así estaremos siempre con el Señor”* (1 Tesalonicenses 4:14,17).

Podemos observar en los pasajes anteriores que el destino eterno, tanto para los justos como para los malvados, no se encuentra en este mundo. La razón de esto es porque este mundo ya no estará aquí. Fíjese en lo que Pedro escribió:

“Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 Pedro 3:10).

Este mundo cambiará cuando el Señor regrese; sencillamente, este mundo dejará de existir. Así también, el tiempo pasará. El tiempo comenzó en el día de la creación (Génesis 1:1-5). Sin embargo, Dios, el Creador, es eterno: *“Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios”* (Salmo 90:2). Antes del primer día, Dios ya existía, sin comienzo, desde la eternidad. Cuando este mundo sea destruido, todos volverán a esa existencia, sin los límites del tiempo.

Nuestros cuerpos serán cambiados – Cuando Pablo escribió a los santos de Corinto acerca de la resurrección, explicó: *“Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción”* (1 Corintios 15:50). Dado que la vida después del juicio durará por la eternidad, y nuestros cuerpos en su estado actual no están diseñados para durar tanto tiempo, tendrán que ser cambiados. Pablo continuó:

“He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces

se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria” (1 Corintios 15:51-54).

Mientras que Juan reconoció que “*aún no se ha manifestado lo que hemos de ser*”, nos aseguró que cuando el Señor regrese, “*seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es*” (1 Juan 3:2). Aun los impíos tendrán cuerpos preparados para la existencia eterna, “*y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos*” (Apocalipsis 14:11), “*donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga*” (Marcos 9:48). Una vez que lleguemos al *día de la eternidad*, nuestros cuerpos habrán sido cambiados a un estado que será adecuado para la existencia eterna.

El lugar donde pasemos la eternidad dependerá de cómo hayamos vivido nuestras vidas – Discutimos esto con más detalle en la lección anterior. Jesús dijo: “*No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación*” (Juan 5:28,29). ¿Estamos haciendo lo bueno o lo malo aquí en la tierra?

Los acontecimientos de ese día

Los malvados se enfrentarán al tormento eterno - Al describir el destino de aquellos que serán castigados por el Señor, Pablo escribió: “*los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder*” (2 Tesalonicenses 1:9). Judas explicó que Sodoma y Gomorra fueron puestas “*por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno*” (Judas 7).

Algunos tienen la noción equivocada de que el infierno se puede disfrutar. Piensan en él como el dominio de Satanás; y, por lo tanto, puesto que el diablo tenta con placeres terrenales, creen que allí, en el infierno, encontraremos algo como ese disfrute. Sin embargo, el infierno no es el dominio de Satanás. Pablo describió al diablo como “*el dios de este siglo*” (2 Corintios 4:4), es decir, su dominio está aquí y

ahora, no más allá, en el infierno. El infierno no ha sido preparado como un lugar para que Satanás gobierne, sino para que sea castigado. Jesús explicó que este lugar ha sido “*preparado para el diablo y sus ángeles*” (Mateo 25:41).

No hay razón para desear ir al infierno, ni siquiera por la compañía. Muchos declaran preferir el infierno porque sus amigos y familiares estarán allí. Sin embargo, Jesús habló de un hombre rico que se encontró en un lugar de tormento después de la muerte, y quería enviar un mensaje a sus hermanos para advertirles que no vinieran al mismo lugar (Lucas 16:27,28). La perspectiva de ser atormentado con sus seres queridos no era un consuelo para él.

Los justos estarán en la presencia de Dios – Despues de que los muertos en Cristo resuciten, Pablo dijo que “*nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor... alentaos los unos a los otros con estas palabras*” (1 Tesalonicenses 4:16-18). La promesa de estar con Dios por la eternidad debía ser motivo de consuelo para los hermanos de Tesalónica y para todos nosotros hoy. Juan describió la escena en el cielo como un paraíso en la presencia de Dios:

“*Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos*” (Apocalipsis 22:3-5).

Cuando los justos lleguen al celestial hogar con el Señor, serán consolados de todas las dificultades de la vida: “*Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron*” (Apocalipsis 21:4).

Los justos disfrutarán del eterno descanso – Juan escribió: “Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen” (Apocalipsis 14:13). Sin embargo, el hecho de que aquellos que “mueren en el Señor” disfrutarán de reposo implica que debemos estar trabajando para el Señor ahora. El pueblo del Señor debe ser “celoso de buenas obras” (Tito 2:14).

Lecciones clave

Dios recompensará a los que le obedecen – Como ya hemos visto, los que “mueren en el Señor” serán bendecidos porque “sus obras con ellos siguen” (Apocalipsis 14:13). Estos son los que “hicieron lo bueno” que conduce a “resurrección de vida” (Juan 5:29). Aquellos que siguen al Señor serán recompensados por él.

“El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígome; y donde yo estuviere, allí también estaré mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará” (Juan 12:25,26).

Jesús dijo a sus discípulos: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:1-3). Esta promesa no era solo para los que serían comisionados como sus apóstoles. Más bien, esta promesa es para todos nosotros. Jesús es “autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5:9). El escritor hebreo también dijo: “Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6). Debemos confiar en que el Señor nos recompensará con un hogar eterno en el cielo con él.

Dios castigará a aquellos que se nieguen a obedecerle – Al describir el juicio final contra los malvados, Pablo explicó que Jesús regresará “en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Tesalonicenses 1:8,9).

A lo largo del Antiguo Testamento, Dios ha mostrado su voluntad y capacidad para castigar a aquellos que fueron desobedientes. Pablo destacó varios ejemplos de esto con el propio pueblo de Dios cuando escribió a la iglesia en Corinto:

“Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto. Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar. Ni fornicuemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos” (1 Corintios 10:5-11).

Puesto que Dios está dispuesto y es capaz de castigar a aquellos que no se someten a su voluntad, debemos temerle. Jesús dijo: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28). En este momento, Dios está siendo paciente con nosotros, dándonos tiempo para arreglar nuestras vidas con él. “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9).

Sin embargo, debemos estar seguros de que estamos aprovechando su paciencia. Existe la tentación de responder a la paciencia de Dios con una actitud casual hacia el pecado, concluyendo que siempre tendremos tiempo para hacer correcciones. Sin embargo, Pablo advirtió: “*¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?*” (Romanos 2:4). “*¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?... Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro*” (Romanos 6:1,11).

Esto es por la eternidad – Como discutimos en la lección anterior, el juicio es *final o definitivo* (Mateo 25:46). Cualesquiera que sean las dificultades que enfrentamos en esta vida, son cortas en relación con la consecuencia eterna. Pablo escribió: “*Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria*” (2 Corintios 4:17). A pesar de las severas dificultades que Pablo enfrentó en esta vida (2 Corintios 11:23-29), pudo referirse a todas estas cosas como “leve tribulación momentánea” en vista de la eternidad.

Cualquier placer que experimentemos por el pecado es efímero. Moisés reconoció esto y, por lo tanto, estaba dispuesto a “*ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado*” (Hebreos 11:25). Debido a que todo es una experiencia temporal, no debemos permitir que *cualquier cosa* en esta vida (buena o mala) nos obstaculice el servir al Señor.

Este siempre ha sido el plan de Dios – Dios eligió redimir a un pueblo para sí mismo “*antes de la fundación del mundo*” (Efesios 1:4). El sacrificio de Cristo en la cruz, que era necesario para redimirnos del pecado, también fue conocido de antemano. Juan se refirió a Jesús como “*Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo*” (Apocalipsis 13:8). Antes de que comenzara el tiempo, la intención de Dios era tener un pueblo con él por la eternidad.

Por lo general, pensamos que la historia de este mundo es tan larga y vasta, sin embargo, es solo un punto en el propósito eterno de Dios. Pablo escribió a la iglesia en Éfeso *“que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente... misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu”* (Efesios 3:3,5), explicó que esto fue realizado *“conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor”* (Efesios 3:11). Muchas personas piensan que el propósito de Dios es bendecirlos en esta vida. Si bien es cierto que Dios nos bendice aquí (cf. Hechos 14:16,17; Santiago 1:17), las Escrituras enseñan que su plan desde el principio ha sido liberarnos a través de esta vida en la tierra a la vida eterna en el cielo.

Conclusión

Pensamos en todo en esta vida en términos de *tiempo* (cuándo, cuánto, hasta cuándo, por cuánto tiempo, etc.). Sin embargo, el tiempo es algo solo para esta vida. Hay un *día de la eternidad* que nos espera. No importa tanto lo que suceda en nuestra vida temporal aquí en la tierra, debemos asegurarnos de que nos estamos preparando para lo que viene después.

Preguntas para el debate y la reflexión

1. ¿Qué le sucederá a este mundo cuando el Señor regrese?
2. ¿Por qué es necesario un cambio en nuestro cuerpo?

3. Describa el destino eterno de los inicuos.
 4. Describa el destino eterno de los justos.
 5. Sabiendo que nuestro destino después del juicio es eterno, ¿cómo debemos ver nuestras vidas aquí y ahora?

GRANDES DÍAS EN LA HISTORIA

8 HOY

“Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio, entre tanto que se dice: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación” (Hebreos 3:14,15).

En esta última lección, no continuaremos avanzando en una línea de tiempo. No hay nada más allá del *día de la eternidad*. Por lo tanto, vamos a hablar de *hoy*, para considerar lo que tenemos que hacer con lo que hemos aprendido en esta serie.

Antecedentes

Estamos experimentando las bendiciones de Dios – Santiago escribió, *“Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación”* (Santiago 1:17). Aunque el contexto se refiere específicamente al hecho de que Dios no nos motivará a pecar (Santiago 1:13-16), el principio se aplica ampliamente. Todo lo bueno que está disponible para nosotros ha sido hecho posible por Dios.

Sin embargo, experimentar las bendiciones generales de Dios no es una ventaja exclusiva de los cristianos. Jesús explicó que tanto los justos como los malvados reciben las bendiciones de Dios: *“para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol*

sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mateo 5:45). Las bendiciones que en esta vida recibimos por la bondad de Dios deben llevarnos a poner nuestra confianza en él. Pablo le dijo a Timoteo: “*A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos*” (1 Timoteo 6:17). Puesto que Dios nos ha bendecido abundantemente, debemos responder haciendo “bien” y siendo “*ricos en buenas obras*” (1 Timoteo 6:18).

También estamos experimentando diversas dificultades – A pesar de que Dios nos bendice ricamente, no todo lo que experimentamos es bueno o agradable. Job dijo: “*El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores*” (Job 14:1).

Debido a que las bendiciones de Dios son conferidas a los justos y a los injustos, tanto los justos como los injustos experimentarán dificultades. Por un lado, los malvados a menudo sufrirán como resultado de su pecado. El sabio anotó esto: “*El buen entendimiento da gracia; mas el camino de los transgresores es duro*” (Proverbios 13:15). Sin embargo, también hay momentos en los que los justos sufrirán de una manera similar, aunque no cometan los mismos pecados: “*Hay vanidad que se hace sobre la tierra: que hay justos a quienes sucede como si hicieran obras de impíos, y hay impíos a quienes acontece como si hicieran obras de justos. Digo que esto también es vanidad*” (Eclesiastés 8:14). Sin embargo, independientemente de quién enfrente estas pruebas, el sufrimiento debe mover nuestros corazones a Dios: “*E invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás*” (Salmos 50:15). Tanto la experiencia como las sagradas Escrituras nos muestran que *todas las personas* sufrirán tribulaciones.

Dios ha hecho todo lo necesario para hacer posible la salvación – Pablo le dijo a Tito que Dios puso la salvación al alcance de todos: “*Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres*” (Tito 2:11). Jesús usó una parábola para indicar que se han hecho preparativos para llevar a cabo esta salvación:

“El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo; y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron venir. Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas” (Mateo 22:2-4).

Esta serie ha tratado sobre el eterno plan que Dios llevó a cabo para la salvación de la humanidad:

1. Dios creó un mundo perfecto, y luego, cuando el mundo fue estropeado por el pecado, expresó una promesa sobre la venida de Cristo para derrotar al pecado y al imperio del diablo.
2. Dios entregó la promesa a Abraham de que a través de su descendiente el mundo sería bendecido, y luego, preservó a la nación de Israel a través de generaciones.
3. Dios envió a su Hijo, Jesucristo, a la tierra para sufrir y morir en la cruz por nuestros pecados.
4. Dios resucitó a Jesús de entre los muertos, demostrando que él realmente es el Hijo de Dios, dándonos esperanza al servirle fielmente.
5. Jesucristo estableció su iglesia, y proporcionó un plan por medio del cual se puede difundir el mensaje del evangelio.

Dios hizo todo lo que se requería para que la salvación estuviera disponible para nosotros. Todo lo necesario para nuestra salvación fue realizado.

Los acontecimientos de este día

La vida sigue como siempre – Hoy, como en el día en que Pedro escribió, “*todas las cosas permanecen así como desde el principio de la*

creación” (2 Pedro 3:4). A pesar de que los “*burladores*” ridiculizan la idea del regreso del Señor (2 Pedro 3:3), entendemos que esto es una prueba de la providencia de Dios, ya que representa el cumplimiento continuo de la promesa a Noé: “*Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche*” (Génesis 8:22). Sencillamente, todo lo que continúa de esta manera permanecerá hasta el momento en que el Señor regrese. Considérese lo que dijo Jesús:

“Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre. Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre. Entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo en un molino; la una será tomada, y la otra será dejada. Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor” (Mateo 24:36-42).

Si bien hubo señales de advertencia que indicaban la destrucción de Jerusalén (Mateo 24:4-35), Jesús explicó que no habría tales señales para el fin del mundo. La vida continuaría con normalidad, tal como sucedió en los días de Noé antes del diluvio. La única señal que advertía del fin eran la predicación de Noé (2 Pedro 2:5) y los preparativos que estaba haciendo (Hebreos 11:7). Lo mismo ocurre hoy en día. Aunque las personas pueden buscar varias señales que indiquen que el fin está cerca, las únicas señales son la predicación del evangelio y los preparativos que los cristianos hacen para el regreso del Señor.

Debido a que la vida continua con normalidad, enfrentamos las dificultades propias de esta vida. Como ya hemos notado, Job declaró: “*El hombre, nacido de mujer, corto de días y lleno de turbaciones*” (Job

14:1, LBLA). Sin embargo, estas pruebas deben motivar el anhelo por la recompensa celestial. Pablo escribió: “*Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse*” (Romanos 8:18). A pesar de que enfrentó intensas dificultades, el apóstol pudo describir sus sufrimientos como una “*leve tribulación momentánea*”, en contraste con “*eterno peso de gloria*” (2 Corintios 4:17,18).

Dios sigue siendo paciente – Esta paciencia no debe interpretarse como una condonación del pecado, sino que debe entenderse como la oportunidad de arrepentimiento. Pablo declaró, “*¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?*” (Romanos 2:4). No debemos permanecer en pecado porque Dios es paciente; en cambio, debemos arrepentirnos del pecado en el tiempo que su paciencia nos ha concedido.

Debemos recordar lo que la Biblia dice acerca del pecado: “*Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro*” (Romanos 6:23). De esta manera, “muerte” no es la muerte física, sino la separación eterna de Dios. No solo debemos entender la “paga del pecado”, sino que también debemos darnos cuenta del problema universal del pecado: “*por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios*” (Romanos 3:23). Cada uno de nosotros ha pecado y, por lo tanto, merece el castigo que viene como resultado.

Si todos hemos pecado, y la ruina eterna es el castigo, ¿por qué dicho castigo no ha sucedido todavía? Esto es porque Dios quiere que nos arrepintamos: “*El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento*” (2 Pedro 3:9). Como dijo el Señor por medio del profeta: “*Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis*” (Ezequiel 18:32). Dios quiere que seamos salvos y evitemos el castigo eterno por el pecado. Por lo tanto, él sigue siendo paciente dándonos tiempo para el arrepentimiento.

Debemos tomar una decisión respecto a nuestra conducta – Josué dijo a los israelitas: “*Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová*” (Josué 24:15). De la misma manera, debemos elegir lo que haremos con nuestra vida. Tenemos libertad para elegir cómo viviremos nuestras vidas. El sabio dijo: “*Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá*” (Proverbios 19:21). Nuestros planes son variados, pero no cambian la palabra de Dios. Esto debe persuadirnos a obedecer al Señor (2 Corintios 5:11). Debemos tomar la decisión por nosotros mismos, basándonos en los incentivos que Dios nos ha revelado en su palabra, de arrepentirnos de nuestros pecados y servirle, para que podamos alcanzar la recompensa eterna.

Lecciones clave

Ahora es el momento de preparación – Pablo dijo a los hermanos en Corinto: “*Porque dice: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación*” (2 Corintios 6:2). Aunque Dios sigue siendo paciente otorgándonos tiempo para arrepentirnos (Romanos 2:4), un día su paciencia ya no se extenderá. La realidad es que no tenemos ninguna promesa de un mañana. Considere lo que Santiago escribió al respecto:

“*Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece*” (Santiago 4:13,14).

En la parábola de un rico terrateniente, Jesús describió a uno que creía que más tarde tenía mucho tiempo para disfrutar: “*y diré a mi*

*alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repóstate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?" (Lucas 12:19,20). Jesús especificó cuán *necio* es posponer la preparación de nuestras almas para la eternidad. El tiempo para prepararse es *hoy*.*

Por lo tanto, no podemos permitir que el mañana nos distraiga de nuestro enfoque cotidiano. Jesús dijo: "*Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal*" (Mateo 6:33,34). Nuestra prioridad para cada día debe ser agradar al Señor y servirle fielmente en su reino.

Nuestro pasado no tiene que obstaculizarnos – Mientras Pablo miraba hacia adelante con anticipación a la esperanza de la resurrección, escribió: "*Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús*" (Filipenses 3:13,14). Debido a que la recompensa estaba en el futuro, estaba decidido a no dejar que nada le impidiera alcanzarla, incluido su pasado. De la misma manera, no debemos permitir que nuestro pasado obstaculice nuestra búsqueda de la meta celestial.

- No importa qué pecados hayamos cometido en el pasado, podemos comenzar a vivir con justicia *hoy*: Pablo admitió haber sido "*blasfemo, perseguidor e injuriador*", pero fue redimido por Cristo Jesús (1 Timoteo 1:12-15). La redención de Pablo demuestra que cualquiera puede ser salvo, independientemente de su pasado, si obedece al evangelio como Pablo lo hizo.
- No importa cuánto tiempo hayamos estado perdidos en el pecado, podemos comenzar a servir a Dios *hoy*. En la parábola de los obreros en la viña, Jesús explicó que aquellos que fueron

contratados en “*la hora undécima*” recibieron la misma recompensa que los que trabajaron desde el comienzo del día (Mateo 20:1-16). Nunca es demasiado tarde para comenzar a servir al Señor.

- No importa el bien que hayamos hecho en el pasado, debemos servir al Señor *hoy*. Pablo reconoció que, aunque estaba sirviendo fielmente al Señor, incluso él como apóstol podía “*ser eliminado*” si no continuaba corriendo la carrera fielmente (1 Corintios 9:24-27). Lo mismo es cierto para nosotros. Debemos permanecer fieles a lo largo de nuestras vidas (Apocalipsis 2:10).

No debemos permitir que nuestro pasado nos aleje de la felicidad eterna con Dios en el cielo.

Tenemos que decidir qué haremos – Recordando el reto declarado por Josué: “*escogeos hoy a quién sirváis*” (Josué 24:15). No podemos responsabilizar a otros de nuestra resolución. Cada uno de tomará su propia decisión. Además, debemos entender que la falta de compromiso para servir al Señor es una decisión en sí misma. En fin, tomar una decisión no es algo que debemos hacer, es algo que seguramente haremos. Por lo tanto, debemos estar seguros de tomar la decisión correcta.

Conclusión

El propósito eterno de Dios es tener un pueblo para sí mismo. Como hemos estudiado en esta serie de lecciones, Dios ha hecho todo lo necesario para hacer posible esa salvación. Ahora, depende de nosotros asirnos a la salvación que él ofrece.

“*He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación*” (2 Corintios 6:2).

Hoy es el día para volvernos al Señor.

Preguntas para el debate y la reflexión

1. ¿Qué han experimentado todas las personas en la vida?
2. ¿Por qué Dios ha permitido que la tierra permanezca tanto tiempo como lo ha hecho?
3. ¿Por qué es “hoy” el momento adecuado para prepararse para la eternidad?
4. ¿Cuáles son algunas de las maneras en que podríamos dejar que nuestro pasado nos obstaculice y por qué no deberíamos permitir que esto suceda?
5. ¿Quién es responsable de que tomemos la decisión de servir al Señor?